

Uno

—Dame un motivo, uno solo, para no querer morir.

David me mira a los ojos cuando me dice esas palabras; en realidad, me mira a los ojos cada vez que me dice algo, lo que sea, aunque sea simplemente «me gusta tu peinado». David siempre me mira a los ojos cuando me habla, y eso es algo que yo aprecio y he apreciado siempre en todas las personas, porque si no me miran ni dicen Tisbea, mi nombre, no tengo manera de saber que están hablando conmigo.

David Ligumbe es un chico delgaducho, un poco más bajo que yo, que soy una chica bastante alta comparada con la mayoría (de las chicas). Creo que David, erguido, debe de medir un metro setenta o un metro setenta y uno. Yo mido un metro setenta y seis y medio por la mañana al levantarme y un metro setenta y seis al irme a la cama por la noche. David tiene unas facciones muy aniñadas, el pelo castaño y enmarañado, y siempre viste esa especie de pijama que le tienen asignado en el hospital. Yo siempre que vengo al hospital llevo puesto un vestido de flores amarillas sobre tonos pastel que tienden al violeta. Tengo cuatro vestidos idénticos. Me gusta vestir de la misma manera cada vez que voy al mismo sitio o hago lo mismo. Por ejemplo: siempre llevo ropa informal, de color marrón, cuando voy a trabajar; siempre me visto de celeste cuando cocino con mi madre; me gusta llevar vaqueros y camisetas negras cuando voy de compras y no sería capaz de entrar en este hospital sin uno de mis vestidos de flores amarillas sobre tonos pastel que tienden al violeta.

Me fijo mucho en la ropa que llevan los demás. Busco en las prendas una indicación de sus estados de ánimo porque no soy nada buena interpretando las emociones en las caras de la gente; en realidad, me cuesta mucho saber si alguien está feliz o triste, tranquilo o enfadado, pero sí tengo (creo) una idea de lo que es bonito y lo que es... menos bonito (eufemismo), y David es un chico con cara de niño, mejor dicho, con cara de chica. Me lo imagino con el pelo más largo y afeitado, y se parecería a mi hermana Juana Inés.

Hay gente que a este sitio lo llama psiquiátrico, yo prefiero llamarlo hospital.

David se ríe. Yo me río también tras un momento de confusión. Me he perdido en mis pensamientos, me pasa mucho.

—Se te ha ido la olla —me dice David.

Así lo dice él, «se te ha ido la olla», aunque a mí no se me ha ido ninguna olla a ningún sitio, pero he sido capaz de darme cuenta de que cuando dice *olla* dice *cabeza*, que en realidad es una metonimia de la mente, y supongo que la relación metonímica entre olla y mente viene de una de esas metáforas que tanto me cuesta entender, porque tanto en una olla como en una mente se «cuecen» cosas; entonces, tenemos que entender que por «cocer» lo que se quiere decir es «pensar» (metáfora), en la olla se cuece y en la mente se cuece, si se te va la mente estás pensando en otra cosa, o sea, que tus pensamientos se «han ido» de donde estaban a otro lugar. Vamos, que se te va la olla.

Le devuelvo la mirada a David. Yo también soy capaz de mirar a la gente a los ojos y concentrarme dentro de ellos. Mi padre me dice que cuando era pequeña no le sostenía jamás la mirada a nadie.

—Dame un motivo para no querer morir, Tisbea —me dice David.

Es una de esas preguntas complicadas, porque lo primero que conlleva es que para vivir se necesita un motivo, y eso es algo que a mí me cuesta un poco entender. Si la vida duele, como duele un zapato apretado en mitad de una caminata en la que no puedes parar, pues imagino que caminar es vivir, y quitarte el zapato y dejar de caminar sería morir. Supongo que si el dolor de zapato es más grande que el de no llegar a donde quieres ir, lo mejor sería quitarse el zapato y quedarse quieto para siempre, o hasta que te traigan otros zapatos.

Vamos a ver. ¿Para qué quiero yo caminar? (O sea, vivir).

Quiero vivir para sentir el abrazo de mi padre, los besos de mi madre, para reírme con mi hermana Juana Inés cuando me dice cosas tontas como «vamos a subir para abajo» (paradoja). Quiero vivir para comerme un helado de pistacho, para ducharme con agua calentita, para seguir memorizando dígitos del número Pi o para imaginarme una hoja de cálculo de Excel inmensa, una hoja que ondea cada vez que cambio un número en una de sus celdas como si arrojase una piedra en mitad de un estanque. Yo entiendo que David no tiene una hermana como la mía, y tal vez no le vuelva loco bañarse con agua calentita ni rellenar hojas de cálculo, así que se me ocurre decirle lo primero.

—Una razón para vivir es sentir el abrazo de tu padre —le respondo, manteniendo la cabeza inmóvil y sin remarcar demasiado ninguna sílaba, algo que tengo que hacer poniendo en ello mi plena voluntad.

* * *

El abrazo de mi padre.

Cuando mi padre me abraza siento muchas cosas. Por

ejemplo, siento su enormidad, sus brazos inmensos; siempre que noto la presión de ellos en mi espalda cierro los ojos, siempre, siempre. La presión de su barbilla sobre mi hombro derecho y su respiración es como una brisa que cae sobre mí, como la lluvia; aunque tenga los ojos cerrados puedo ver puntitos verdosos y rojizos. Mi padre huele a cereales de los del tigre, aunque él nunca los come, y su pelo huele a tierra seca, muy seca, sobre la que le hubieran vertido unas cucharaditas de azúcar. Puedo escuchar su corazón, mi corazón y la respiración de los dos, y me abraza tan fuerte tan fuerte que si dejara de apoyarme sobre mis pies me quedaría colgando. No sé a qué sabe mi padre porque siempre me han dicho que no se debe lamer a nadie. Cuando era pequeña solía lamerle la cara y las orejas a mi hermana, y siempre me apartaba diciendo que eso era una cosa muy asquerosa. Una vez que le quise lamer las orejas a mi padre, se enfadó mucho conmigo.

En resumen, el abrazo de mi padre es una razón para vivir.

Cuando cae su respiración sobre mi pelo, su aliento en mi mejilla, cuando me siento mal y me abraza, todo el ruido de fuera se calma, todo el dolor se desvanece.

* * *

Ha sido una buena respuesta (una razón para vivir es sentir el abrazo de tu padre), pero observo a David y parece que no le convence mucho.

—Mi padre no me habla, no quiere saber nada de mí...

—Y eso ¿cómo es posible?

—Tuvimos una pelea muy fuerte, supongo que, desde su punto de vista, él tenía toda la razón. La gente siempre se piensa que tiene razón, supongo que Hitler pensaba que es-

taba en lo cierto también. Mi padre ni siquiera sabe que me tienen encerrado aquí y seguro que si lo supiera no haría nada por verme.

David sigue dándome detalles de la pelea con su padre, pero yo me siento tan abrumada por el concepto de un padre que no le habla a su hijo que no quiero saber nada de ello. Así que me desconecto de la conversación.

David está internado en un hospital porque ha intentado matarse varias veces. En el brazo derecho tiene unas cicatrices, como arañazos de gato, aunque sé que no ha sido ningún gato el que le ha arañado, sino que esas heridas se las ha hecho él mismo. Cuando pienso en alguien queriendo matarse me entra una tristeza tan grande que me pongo a reír. Algo que me preguntan mucho es por qué me río cuando algo no me gusta o me resulta triste. Sé que suena muy contradictorio, porque la risa se asocia a la felicidad. Yo me río más bien cuando algo no encaja, como si alguien te dice que dos más dos son cinco, y entonces es que no puedo contener la carcajada.

A veces cuando me río me sale la risa un poco fuerte. Controlar el volumen de la risa es algo que me cuesta más que controlar el tono de la voz. Hay veces que a la gente le molesta que me ría muy fuerte, pero David es diferente, él siempre se ríe conmigo cuando me sale la risa tonta.

De repente, David se queda callado. Le brillan los ojos, como si estuviera a punto de llorar. Me escapo de mis muros. No he escuchado ni una palabra de lo que ha dicho desde hace dos minutos.

—Ya se te ha ido la olla otra vez, ¿verdad, Tisbea? —me pregunta con la boca torcida en lo que interpreto debe ser una sonrisa a medias. Muchas veces la cara de David me recuerda a una de esas máscaras del teatro que tienen la mi-

tad de la boca curvada hacia abajo y la otra mitad curvada hacia arriba.

En ese momento llaman a la puerta. Es Marina, la enfermera, para decirme que ya debo irme. Quisiera quedarme un poco más y explicarle a David que cuando le he dicho que el abrazo de su padre era una razón para vivir, podría ser el abrazo de cualquier persona. Mi madre, por ejemplo, huele siempre a fresas y tiene un tono grave que le sale a veces en la voz, que parece como si dos personas estuvieran hablando al mismo tiempo, que me hace vibrar la parte de atrás de la cabeza, por encima de la nuca, como si me dieran un masaje. Le sale ese tono cuando dice la palabra «melocotón» y cualquier palabra que termine en «enda», justo en la «n» de «enda», como en «reprimenda»; la ene me hace tan feliz que quisiera que solo hablara diciendo cosas que terminaran en «enda».

Pero no le puedo decir nada de eso porque nuestro tiempo se ha terminado y aún tengo que ver a otros cuatro pacientes. Antes de irme observo una vez más las cicatrices que tiene David en el brazo derecho, parece que un gato le hubiera arañado con ganas. Salgo de la habitación y escucho que David me ha dicho adiós, pero yo no le respondo.

«Cuando aparezca la enfermera, Marina, ya no digas nada más», me dijeron, así que no digo adiós, pero sospecho que me estoy tomando las cosas demasiado literalmente.

Marina, la enfermera, está un poco rellenita. Calculo que tendrá unos ochenta años, aunque tal vez tenga menos, porque una vez mi vecina Milagros me preguntó qué edad le calculaba y le respondí que ochenta y se echó a reír, y mi vecina Milagros debe de tener la misma edad que Marina. Es bastante difícil. Lo que tengo claro es que tanto mi vecina como Marina son mayores que mi madre, que tiene cuarenta, o sea, que entre cuarenta y uno y ochenta.

Marina siempre lleva consigo un bloc de hojas amarillas en el que anota cosas todo el tiempo, pero no me deja verlo nunca porque, según me dice, contiene información confidencial de los pacientes.

Mientras caminamos por un largo pasillo de baldosas oscuras, escuchamos un grito fortísimo que viene de una de las habitaciones. Es una voz de mujer que llora y berrea como si algo le doliese mucho. Yo sufro de hipersensibilidad al sonido, pero solo cuando me encuentro triste o alterada; de no ser así, puede explotar una bomba a mi lado que ni me inmuta. Ahora, por ejemplo, no me molesta nada.

—¿Por qué no le dan algo para el dolor? —le pregunto a Marina.

—Lo que tiene esa pobre mujer no es un dolor físico —me dice—, sino del alma, y eso, por más pastillas que le den, no van a quitárselo.

Marina menea la cabeza negando, aunque no sé qué significa esa negación, porque yo no le he preguntado nada más. A veces la gente responde que sí o que no aunque no haya una pregunta, y eso es algo que me desconcierta y me genera la necesidad de hacer la pregunta, para que las dos cosas, pregunta y respuesta, vayan en consonancia y no haya por ahí respuestas sueltas a preguntas que nadie ha hecho.

—Entonces, ¿no le pueden dar una pastilla? —le digo mientras le pongo la mano suavemente sobre la espalda. Mis dedos sienten el roce de la tela rugosa y celeste, es como si pudiera ver el color a través de las yemas de mis dedos.

—No, hija. El mal que les aqueja no existe nada más que para ellos —me responde.

—¿Como si fuera invisible?

—Algo parecido. Pero que sea invisible no quiere decir

que ellos no lo vean y no lo sientan como si fuera real. Si esa pobre mujer grita aterrorizada es porque realmente algo la aterroriza, aunque solo exista en su mente y sea invisible para nosotros. Tenemos un paciente que piensa que se lo están comiendo los gusanos. Otro se cree que se ahoga en sangre. Claro que nada es real. A lo mejor piensas que soy una insensible, ten en cuenta que este es mi trabajo y si me dejara llevar por mis emociones no sería capaz de funcionar... Pero te aseguro que hay algunos días que cuando llego a casa me pongo a llorar.

No me puedo imaginar a Marina llorando.

—No debería haberte hablado de los pacientes psicóticos. No se lo digas a nadie, ¿eh, amor? Ese será nuestro secreto.

Es lo bueno de no captar las emociones de los demás, supongo, y la principal razón por la que me han dado esta ocupación. Hace dos años, cuando cumplí los veinte, a mi madre se le ocurrió que yo valía para apoyar a los enfermos de depresión porque, según dijo, «a Tisbea no le afectan las quejas de los demás», y no es verdad, pero, por mediación de mi neurólogo (al que visito desde que tenía 1.923 días), me invitaron a colaborar como asistente social en este hospital psiquiátrico para escuchar los problemas invisibles de gente que en muchos casos no tiene dificultades de desarrollo intelectual como yo.

Por eso conocí a David, el chico que no encuentra motivos para vivir. Mi padre dice que su padre (mi abuelo) le contó una vez que hay gente positiva y gente negativa, y que la negativa le quita la energía a la positiva. Yo a veces soy negativa y otras positiva, pero la energía que tenga no me la quita la gente negativa, así que el abuelo se equivocó conmigo. Aunque, no sé, si me están diciendo cosas negativas todo el día a lo mejor me pongo un poquito triste, pero no

me deprimio; a mí lo que me hace sufrir de verdad son las cosas inesperadas.

Mi siguiente visita es a don Antonio, un jubilado de 19.345 días (he hecho un poco de trampa, porque he visto su ficha con la fecha de nacimiento, lo cual me hace reír como una niña). Don Antonio siempre huele a jabón como el de casa de mi abuelo, mezclado con una brizna de olor a tabaco de cuando le dejan fumarse su cigarrillo en el patio, y tiene la barba corta y áspera, lo que le da un tono ceniciento a toda la cara, porque el gris de la barba se superpone al tono ambarrino que se le adivina donde la piel está descubierta, y cuando se le hacen hoyos en los carrillos, el gris se vuelve morado.

Don Antonio siempre me recibe sentado sobre su cama, abrazado a sus rodillas. Está tan flaco como David. Aunque nunca le he visto de pie, adivino que debe de ser bastante alto.

—Yo iba a ser un gran escritor, Tisbea, pero nadie fue capaz de entender mi literatura —me repite cada vez que me ve—. A mi pluma se deben las mejores obras literarias en letras castellanas del siglo xx, eso te lo digo sin dudar.

El primer libro de don Antonio trata sobre un grupo de gente que siempre lleva sus sueños hasta el final. Uno de los personajes del libro, Matías Crespo, decidió a los cuarenta años que quería ser astronauta de la NASA, y aunque no tenía ni estudios de ingeniería ni sabía una palabra de inglés, se metió en la universidad, aprendió inglés, se graduó con las mejores notas como ingeniero de aviación, se sacó el título de piloto y le admitieron en un programa especial de la NASA (a esas alturas ya era perfectamente bilingüe). Se dio su primer y único paseo por el espacio a la edad de cincuenta y siete años. Lo sé porque me lo ha contado don Antonio, y yo, solo con escucharlo, lo recuerdo para siempre. A don Antonio, como a todo el mundo, le encanta que le presten atención.

—Criatura, cuando salga de aquí te regalaré una copia firmada del libro. No sabes lo emocionante que es cuando describo el despegue del cohete con Matías dentro.

Luego visito a Alondra, una chica que, a pesar de encontrarse al borde de la muerte por inanición (por no comer casi nada), se piensa que está gordita y que le sobran muchísimos kilos (así es, así actúa mucha gente, creyéndose lo contrario de lo que realmente pasa). Yo hablo con ella, igual que con don Antonio, y me tienen prohibido que le diga que está muy delgada, solo debo decirle que está muy guapa, una y otra vez. Alondra tiene el pelo tan fino que te piensas que se le va a desprender de la cabeza en cualquier momento, y en los pómulos se le dibujan unos surcos visibles a causa de su extrema delgadez. Cuando sonrío se le llena la cara de dientes y arrugas. Un día, Alondra me enseñó una foto de sí misma hace unos años y pensé que era de su hermana o de su prima, pero era ella, guapísima y bastante delgada, hasta el pelo se le veía con más volumen y más brillo. Pero Alondra me dijo que se veía horrorosa, que estaba «a punto de reventar». Yo me quedaba mirando la foto y después de la foto la miraba a ella, y me parecía que la de la foto era muchísimo más guapa, me pregunto si tendrá algo que ver con mi minusvalía.

Y así me paso el resto de la tarde, hablando con los pacientes, reflexionando sobre lo que me cuentan, y no dejo de pensar en ellos durante el trayecto de vuelta a casa, durante la cena, hasta que me meto en la cama. Y cuando me duermo, sueño con un anciano sin estudios que se matricula en una universidad y llega a terminar un doctorado antes de morir. Sueño con que toda la humanidad pierde peso hasta convertirse en una especie de alienígenas alargados, con los ojos gigantes, y también sueño con David Ligumbe rodeado de gatos que conducen coches de lujo.